



## LA FRAGA DE CECEBRE

Es una calurosa tarde de verano, más propia del trópico que de La Coruña. En la fraga de Cecebre los animales permanecen aletargados en sus escondrijos a la hora de la siesta, adormecidos por el monótono canto de las chicharras y el zumbido de los abejorros. Se respira una gran calma. Ni siquiera la irrupción de los muchachos, con sus animadas voces, logra perturbar la paz de este idílico paraje. Nada hace presagiar la serie de incidentes que van a desencadenarse. Lo único que paraliza momentáneamente esa latente actividad de vida en el bosque son los escandalosos gritos de Berta cada vez que se le enredan los helechos entre las piernas.

–Tía, no seas histérica –le reprocha Iria.

–Es que me dan pánico las víboras y seguro que esto está lleno –responde ella.

–Desde luego que sí –interviene Brais–, y tienen nombre y apellido: Berta Concheiro, Sabela Agudín...

Antes de que pueda proseguir, ya ellas dos se le han abalanzado por detrás para tapparle la boca, provocando que la enorme tarta que lleva entre las manos se tambalee peligrosamente.

–¿¡Serás gilipollas!?! –exclaman a coro.

—Eh, chicas, a ver si me voy a quedar sin apagar las velas —les advierte Iria.

—¡Uy, la tarta! —ambas se miran y prorrumpen en una sonora carcajada.

—¡Con el trabajo que nos ha costado hacerla! —Aurora les guiña un ojo y se ríe también.

—¡Y tanto! —responden las otras dos, con la risa cada vez más floja.

—¡Pero qué pavo tenéis! —comenta Brais—. Solo espero que os haya salido bien, no me fío yo mucho de vuestras dotes culinarias. Al menos, será de chocolate, ¿no?

Las tres redoblan las carcajadas. Están tan rojas como las amapolas que hay por el campo. Aurora hasta se atraganta de la risa.

—Pero... ¿qué les pasa hoy a estas?, ¿se han fumado un porro o qué? —le pregunta Yago a Brais.

—Jajajaja. Esperad un momento, que me va a dar algo. —Sabela deposita en el suelo las bolsas que lleva, doblada de la risa.

Las otras dos la imitan.

—¡Ay, no puedo más! —Berta se aprieta los costados con las manos. Sus ojos color uva se achinan hasta casi desaparecer enterrados bajo los mofletes.

—Ni yo, me muero. Jajajaja. Me va a reventar la tripa. Jajajaja. —Aurora les muestra a todos los *brackets* que habitualmente trata de ocultar.

—¿Por qué no nos contáis de qué os reís para que nos riamos todos? —las conmina Uxía.

Su pregunta provoca nuevas risotadas, aún más escandalosas, y ella se mosquea. Si ya estaba molesta

por no haber sido incluida en la confidencia que las tres parecen compartir, ahora tiene la impresión de que se están burlando de ella. Es tremendamente suspicaz y este tipo de situaciones le provocan una gran inseguridad; a la mínima, se siente ofendida.

—¿Qué les pasa? —pregunta Eloy, que venía algo rezagado con Lois, Adrián y Cibrán, cuando les dan alcance.

—Nada, que les ha entrado la risa floja —les informa Iria.

—Pues a este paso, no llegamos nunca —comenta Fabiola.

Le da envidia verlas reír así, tan despreocupadas. No como ella, que tiene una losa en la cabeza. No puede dejar de pensar en el castigo que le caería si sus padres llegaran a descubrir el engaño que había urdido Sabela para que le permitieran ir. Se había hecho pasar por su madre y había llamado a la suya, para contarle la milonga de que iban a hacer una fiesta de pijamas en su casa de Cecebre para celebrar el cumpleaños de Iria, que coincidía con la noche de San Juan. A Fabiola le costó reprimir la risa cuando escuchó decir a su amiga: «No te preocupes, mi *marido* y *yo* estaremos con las *niñas* en todo momento y las vigilaremos mientras saltan la hoguera... Os llamará ella porque aún no tenemos teléfono fijo ni cobertura para el móvil; es que es una zona muy frondosa y solitaria... No, no hace falta que vengáis a recogerla, os la llevaremos nosotros al día siguiente».

Fabiola todavía no se podía creer lo fácil que había resultado burlar la estrecha vigilancia de sus

padres, teniendo en cuenta lo estrictos que eran. Casi nunca la dejaban salir, como no fuera a un cine o una fiesta donde ellos pudieran recogerla, o a comer a casa de alguna amiga. Le preocupaba que pudieran investigar dónde estaba la casa y se presentaran allí. ¿Y si llamaban al piso de Sabela sin identificarse previamente y alguna de sus hermanas se iba de la lengua sin querer y les informaba de que sus padres estaban de viaje? Fabiola temía que pudiera quedar algún cabo suelto en esa farsa que habían urdido y también le reconcomía la mala conciencia de estar haciendo algo prohibido, no le gustaba decepcionar a sus padres.

—¡Venga, tías, dejaos de pavadas, que hay que preparar un montón de cosas! —las regaña Cibrán.

—Ya sé lo que les pasa. Seguro que le han puesto sal en vez de azúcar a la tarta —apunta Brais, que está con la mosca detrás de la oreja.

Su comentario les provoca tales carcajadas que incluso algunos animalillos se han removido, inquietos, en sus escondrijos.

—Creo que has dado en el clavo —comenta Lois.

—¡No puedo creer que hayáis hecho eso! —exclama Iria indignada.

—Jajajaja... Que no, tonta —le responde Sabela sin poder parar de reírse—. ¿Cómo íbamos a hacer semejante pavada? Jajajaja...

—Entonces... ¿qué diablos os pasa?

—Es que si hubierais visto a Berta metida en harina... Jajajaja.

–Sí, nunca mejor dicho –corroboraba Aurora–, la tenía hasta en el pelo. Parecía una abuelita. Jajajaja...

–¿Y eso os da tanta risa? –les pregunta Eloy.

–Ay, qué pena, tenéis que hacéroslo mirar –interviene Adrián.

–Pues yo estoy convencido de que han metido algo raro –insiste Brais observándolas con desconfianza.

A ellas les da un nuevo golpe de risa. Las mejillas de Berta parecen dos melocotones rojos a punto de caer del árbol, Aurora abre tanto la boca que incluso se puede ver cómo se le mueve la campanilla y Sabela se revuelca por el suelo agarrándose la tripa.

–¿Lo veis? –las señala, confirmando así su teoría.

–Sí... bueno, jajajaja... Hemos metido algo, pero es... es... jajajaja... una sorpresa para Iria –suelta por fin Berta.

–Berta, tía, ¿para qué dices nada? –le recrimina Sabela, enfadada.

–Pero si no he dicho lo que es.

–Seguro que estas pavas han metido un anillo o un colgante y nos lo tragaremos cualquiera de nosotros, como si lo viera –refunfuña Adrián–. Al menos, ahora estamos sobre aviso.

A Iria le ha conmovido el detalle de la sorpresa en la tarta. Ahora entiende el empeño que tenían sus amigas en hacérsela en lugar de que la comprara ella. A pesar de ser unas cabras locas, con las que apenas tiene nada en común, este tipo de gestos son los que dan sentido a su amistad y hacen que todavía perdure. De pequeñas les bastaba con saltar juntas a la comba o a la goma, reír por cualquier cosa o cuchichear a espaldas de los adultos para establecer unos lazos indisolubles. Pero, una vez en la adolescencia, ese lazo que las unía se había deshecho sin saber cómo ni por qué y, de pronto, ella se había encontrado a años luz de sus amigas, un bicho raro dentro del grupo. Al principio se había resistido a aceptar ese alejamiento e intentaba que hicieran otros planes además de ir de botellón. Pero solo consiguió que la fueran marginando hasta quedarse totalmente descolgada del grupo. Durante esos meses de encierro lo pasó francamente mal. Se sentía desgraciada por ser tan diferente. No entendía por qué ella tenía tantas inquietudes mientras que el pavo de sus amigas iba en aumento y sus conversaciones se volvían cada día más banales y vacías. Pero, a pesar de ello, las echaba de menos, tanta soledad le pesaba en exceso. Y eso que

cuando estaba sola, el tiempo se le pasaba en una exhalación, ya fuera bailando, tocando el piano, leyendo o viendo películas. Pero llegó un punto en que empezó a sentir que su existencia discurría al margen del mundo real, que se estaba perdiendo muchas cosas y que necesitaba a sus amigas, por muy diferentes que fueran. No le agradaba en absoluto la idea de convertirse en una rara solitaria.

—No te preocupes, que la sorpresa te va a gustar —le asegura Sabela, malinterpretando su ensimismamiento.

—No estoy preocupada; al contrario, estoy feliz por todas las molestias que os habéis tomado. Va a ser un cumple muy especial.

—¡Oh, qué *potito*! —se burla Brais—. Pero a mí lo que me preocupa no es la tarta, sino si habrá suficiente bebida.

—¿Qué pasa: piensas comprar todas las papeletas para acabar en Alcohólicos Anónimos? —se la devuelve Iria.

—Tranquila, que te regalaré alguna por tu cumple —le responde él, socarrón.

—A ver, Iria, Brais tiene razón: menuda fiesta sería si faltara la bebida —lo apoya Berta.

—¡Qué rápido se te ha olvidado que el fin de semana pasado estuviste a punto del coma etílico! —le recuerda Iria.

—Si a nuestra edad no desbarras un día... —sale en su defensa Sabela.

—¡Si solo fuera un día! —suspira ella.



—Si bebieras, verías sus ventajas —interviene Aurora, que ha descubierto que el alcohol la ayuda a soltarse y perder su timidez con los chicos.

—¿Cuáles? ¿Convertirte en un guiñapo? ¿Decir tonterías? ¿Pasarte la noche vomitando? ¿Tener resaca? No, gracias. Prefiero disfrutar de la vida —les replica.

—¡Uuuh, ya salió la moñas! —vuelve a la carga Brais—. Lo que te pasa es que eres una reprimida.

A pesar de lo mucho que le gusta Iria, no puede evitar lanzarle pullas constantemente, o quizá es precisamente por eso por lo que trata de picarla, para atraer su atención. Está acostumbrado a salirse siempre con la suya, no soporta perder en nada, y con ella lo tiene muy crudo.

—Tú sí que estás reprimido, por eso necesitas el alcohol, para liberarte y poderte divertir.

—¿Cómo lo sabes, si no lo has probado? —tercia Adrián, que se las da de existencialista.

—Me basta con ver lo patéticos que sois cuando estáis pedo. Allá vosotros, pero yo no necesito beber para divertirme. ¿Por qué tomar algo que ni siquiera me gusta? Además solo tengo un cuerpo y un cerebro, y quiero conservarlos en las mejores condiciones. Os recuerdo que no hay recambios.

—¡Dioos, estoy oyendo a mi abuela! —exclama Yago—. Que no para de darnos la chapa con sus teorías de mente sana en cuerpo sano y nos atiza unos menús macrobióticos que son para potar. —Hace el gesto.

—Si no te gusta el alcohol, al menos deberías fumarte un porro, ya que es tu cumpleaños —le propone Adrián.

—¡Pero qué perra habéis cogido! Paso de inhalar humo, tío. No es para nada mi idea de diversión.

—En algún momento tendrás que crecer, y diecisiete años es una buena edad para estrenarte —comenta Cibrán.

—¿Y me lo dices tú, que todavía juegas con los Pokémon y con los helicópteros?

—¡Qué puntazo! —exclama Fabiola.

—¡Pues anda que tú, que pareces Blancanieves...! Solo te falta cantar y hablar con los animales del bosque —sale Brais en defensa de su amigo.

Y se pone a parodiarla cantando muy desafinado. Los demás se ríen, pero a Iria no le afectan lo más mínimo sus burlas.

—No, tío, que Blancanieves se lo montaba con los siete enanitos —dice Adrián.

Se considera un experto en idear rocambolescas teorías sobre las películas, cuentos y series infantiles, como que Epi y Blas son homosexuales o que Caperucita Roja es una Lolita que ha seducido al lobo, y en difundirlas y discutir las en distintos foros de Internet.

—¡Por favor, Adrián! Nos vas a provocar un trauma derribando por tierra los ídolos de nuestra infancia —le recrimina Berta.

—Sí, vaya, sobre todo a ti —le suelta Lois, que es un bocazas.

—¿Por qué lo dices? —se escama ella.

Lois intercambia una sonrisita con Yago, que no le pasa desapercibida a Berta. ¡A saber qué le ha comentado del rollo que tuvieron!, piensa furiosa. Le hierve

la sangre. Desde que ha escuchado decir a uno de su clase que es una guarra, está muy suspicaz con el tema y, a la mínima, salta.

—Chicos, ¿por qué no lo dejáis ya? —media Eloy, que no soporta que haya malos rollos; lo llaman «el diplomático».

—¡Mirad, ahí está mi casa! —exclama Sabela, aliviada de poder desviar la conversación. Aunque, conociendo a Berta como la conoce, está segura de que se habrá quedado con la espina clavada.

La vivienda está prácticamente oculta por la frondosa vegetación, apenas les permite vislumbrar una parte del tejado y una esquina de la pared de piedra, el resto hay que intuirlo. Pero saber que casi han llegado les da ánimos para aligerar la marcha por el sendero que serpentea entre robles, álamos, fresnos y castaños; hacía ya rato que acusaban el calor y el peso que acarreaban.

Después de la última curva, la casa emerge ante ellos como un secreto largamente escondido. Es una casa antigua, de piedra, que ha sido restaurada recientemente. Consta de dos cuerpos situados en distintos niveles, el más bajo fue en su día una cuadra y tiene dos plantas, la de arriba, abuhardillada. El tejado es de pizarra, a dos vertientes.

—¡Qué pasada! —exclama Adrián.

La llegada a la vivienda provoca la desbandada del grupo. Iria se alegra de poder abandonar una conversación que iba por mal camino. Está harta de tener que adoptar siempre el papel de madre y encima tener que aguantar luego las quejas de sus amigas por

sentirse utilizadas por los chicos, cuando son ellas las que se exponen a que eso ocurra. Se siente una marcianna. Son la noche y el día. Hasta para elegir películas es imposible ponerse de acuerdo. ¡Menuda guasa se traen porque le gustan las de Woody Allen! Según ellas, un tío con el pelo color zanahoria que es más feo que Picio. Solo conciben que aparezcan tíos buenos en la pantalla, aunque las pelis sean malísimas. También la tienen tomada con ella por ser fan de los Beatles: que si es una rancia, que si se ha equivocado de época... Y ya no digamos cuando alguna vez la han sorprendido escuchando *Las variaciones Goldberg* o a Gershwin, les ha faltado ponerle el termómetro. Al único que le está permitido aportar novedades en este campo es a Adrián, que habla de grupos de música alternativa que nadie conoce y las chicas lo escuchan embobadas. Pero no son las razones musicales las que atraen su atención, sino esa actitud tan *trendy* suya de querer marcar tendencia tanto en gustos como en el modo de vestir. Les vuelve locas su estilo aparentemente descuidado pero que se ve a la legua que ha sido estudiado con gran detenimiento: ese toque personal que da a su vestimenta con chalecos, pañuelos, corbatas flojas y gorros de lana o sombreros tipo Borsalino, como el que lleva hoy.

Iria se queda rezagada para disfrutar unos minutos a solas de la paz de aquel idílico paraje. La intensa luz de la tarde tiñe el bosque de tonos dorados y su cadencioso rumor parece susurrar las historias de *El bosque animado*, el libro de Wenceslao Fernández Flórez que les mandaron leer en el instituto a final de curso. Ahora

tiene la oportunidad de comprobar *in situ* que la fraga está rebosante de vida y que en cada oquedad, en cada hoja, en cada brizna de hierba, late su noble corazón.

Guiada por su murmullo, se interna en una zona muy umbría, donde los rayos de sol buscan hueco entre las ramas de los castaños y caen en haces de luz sobre los helechos. No le habría sorprendido nada ver por estos lares a Fendetestas, uno de los personajes de la novela, o a la Santa Compañía. Esta fue, sin duda, la que despertó más interés entre los alumnos y dio lugar a que circularan por el instituto numerosas historias sobre ella. Lois y Brais vienen con muchas expectativas de encontrársela y correrla a palos. ¡Menudo par de bravucones! Iria está convencida de que, si se toparan con ella, saldrían por patas.

Antes de entrar en la casa, coge un ramillete de crisantemos silvestres color malva, una de las hierbas típicas de San Juan, y va a reunirse con los demás, dispuesta a disfrutar a tope de su cumpleaños.